

este albañil-Papa, este prefecto infalible. Baste decir, que los trabajos para hacer viables la segunda red de calles, se calculaban en cuatrocientos millones de reales, y costaron mil doscientos. En sesenta y cuatro, prometía concluir los trabajos de París con mil cuatrocientos millones de reales, y confesó despues que habia gastado dos mil ochocientos cuarenta. Esto es enorme. Ponerse á calcular y engañarse en mil y tantos millones, eso no ha sucedido nunca, ni á nadie. Por aquel camino la ciudad de París iba derecha á la bancarota. El déficit podia llegar á doscientos millones de reales por año. La continuacion del sistema necesitaba un empréstito de mil millones cada tres años. La contribucion impuesta sobre las materias de construccion á cincuenta y dos millones; pero este recurso habia de concluir el dia que concluyeran las construcciones. Cuatrocientos mil trabajadores de París mantenía el Estado. Y esto lo hacian esos mismos reaccionarios que crearon el Imperio, para salvar á Francia de los escollos del socialismo. Así notaba con dolor, que mientras el consumo de la carne, y de la leña permanecia estacionario, el consumo del vino y las bebidas espirituosas tomaba proporciones inverosímiles. La ciudad de París pagó treinta y seis millones de reales por las carnes

de que se alimentó el año sesenta y tres, y pagó en 1867 unos diez millones; se aumentó poco el consumo. Pero en cambio pagó por consumo de vino el año sesenta y tres, ciento treinta y seis millones de reales, y pagó el año 1868 ciento setenta y dos. Cualquiera diria que esta gran ciudad se embriagaba como Baltasar en festines sin fin, para no ver dibujarse en los caliginosos aires las proféticas cifras que le anunciaban espantosas catástrofes. El terror fué tal, que despertó á los poderes públicos. Y el Cuerpo legislativo se ocupaba de un contrato monstruoso entre el Prefecto de París y el crédito territorial, contrato en que violaron todas las leyes. Mr. Haussman fué en aquellos quince años la paz del Imperio. Su obra ha entrado en el largo decálogo de las razones de Estado. Así es, que todo el mundo oficial tomaba por desacato el empeño de la oposicion parlamentaria en reclamar, como era de su deber, una larga investigacion sobre la dictadura de este doble prefecto de la ciudad y del palacio. «Se piden economías al municipio, gritaba el Prefecto.» ¿Y por qué no comienza dando ejemplo al Cuerpo legislativo? Lo cierto es, que el Imperio veia volverse contra él todas sus obras, convertirse en títulos de cargo y acusacion todas sus glorias.

CAPITULO LXVI.

VENCISTE, GALILEO.

Las ideas de Francia, su posicion geográfica, su poder político influyen de tal manera en el mundo, que cuanto aquí sucede, trasciende á todas las naciones. Aquella desmedida influencia que España tuvo en el siglo décimo-sexto por sus armas, la ha tenido Francia en el siglo décimo-nono por sus ideas. Y sucede un fenómeno bien digno de estudiarse. Piensa, trabaja, elabora doctrinas Francia, y piensa, y trabaja, y las elabora para el extranjero. Ora sea que le falte el sentido político que es eminentemente práctico; ora sea que no comprenda bien las mismas ideas por ella difundidas, como los oráculos antiguos que hablaban sin saber el sentido de sus sentencias, la Francia de nuestro tiempo no conoce, y por consiguiente no practica las ideas fundamentales de su revolucion, las ideas de libertad, que habian elaborado sus filósofos, defendido sus héroes, santificado sus mártires. Y no se diga que al ménos conoce la igualdad. Este principio no existe con toda su admirable sencillez en el país de las condecoraciones, de los privilegios para los más altos industriales, y del depósito para los más altos magisterios del espíritu, por ejem-

plo, para la prensa. Desde muy antiguo, en el tiempo mismo de la revolucion, cuando parecia que la individualidad iba á brotar y á desarrollarse con más pujanza, el Estado tomó las proporciones gigantescas, monstruosas que hoy tiene, y acaparó religion, enseñanza, arte, las más augustas facultades de la inteligencia humana, los derechos más sagrados del espíritu. Así es, que por la fuerza misma de este poder inmenso, tomó la forma propia de toda omnipotencia del Estado, la forma monárquica, y se personificó en un hombre. Y el hombre que á la sazón personificaba el Estado en Francia, era Napoleon. Y las palabras que Napoleon decia desde su altísimo trono, resonaban con grande y poderoso eco en todo el mundo. Hasta América tenia que oirlas y estudiarlas. Pasaron los tiempos en que América se creia, con el orgullo propio de la juventud, capaz de desarrollar su democracia fuera, aparte de la democracia universal. Cuando los Caines del Sur hirieron el seno de la patria de Washington; cuando en los primeros momentos de la sublime lucha, la fortuna fué en Manassas adversa á la justicia; cuando parecia que la

bandera de los esclavos iba á flotar sobre el Capitolio de la libertad, antes de la victoria de Richmond, la vieja Europa intentó llevar al nuevo mundo que habia nacido en los dias en que el Renacimiento lucia y la Reforma albo-reaba, para ser el santuario de la democracia, intentó llevar allí sobre las ruinas de la República, próxima á perder su eterno ejemplo del Norte, nuestras gastadas monarquías. Por consecuencia, la causa de la libertad es solidaria en todos los pueblos, como el espíritu humano es uno en todos los hombres. Y siendo la causa de la libertad solidaria en todo el mundo, y Napoleon el César, el dictador, el enemigo implacable de todas las manifestaciones del pensamiento, invocaba, al aproximarse su ruina, el aire vital de la libertad. ¿Por qué causa?

El Emperador Napoleon se dirigia solemnemente á Francia. Desde luego el acontecimiento extraordinario que hiera la vista del Emperador, que llama su atencion, es el acontecimiento que embargaba el ánimo de toda Francia, la formacion de una poderosa Alemania en el centro de Europa. Este acontecimiento puede ser considerado desde dos puntos de vista: desde el punto de vista europeo y desde el punto de vista francés. Para Europa la formacion de una grande Alemania era un progreso como ha sido un progreso la formacion de una grande Italia, porque no se encuentra así á merced del poder exclusivo de Francia. Desde el punto de vista francés la cuestion cambia. Para Francia la formacion de una poderosa Alemania en el centro de Europa era un gran retroceso, porque así menguaba su influencia casi exclusiva en el mundo occidental. Habia que escoger uno de estos dos puntos de vista. Por el primero Prusia merecia un elogio; por el segundo una censura. El Emperador se quedó en cierto término medio. Ni alabó, ni condenó sin reserva la revolucion acontecida en Alemania. Dijo sólo que venia á justificar unas palabras del Emperador en el Memorial de

Santa Helena, las cuales anunciaban la formacion de grandes nacionalidades como preliminar á los Estados-Unidos de Europa. La invocacion del nombre cíclico del Emperador era siempre un gran recurso para su dinastía, puesto que aún la cubria con sus alas gigantescas la sombra del gran génio del Imperio. Pero Napoleon I, que como soldado es acaso el primer soldado de la historia, como político es una deplorable medianía. Si para conocer el espíritu de su siglo, si para caminar al paso de las ideas hubiera tenido la mirada de águila que tenia para abrazar un campo de batalla, y la agilidad que tenia para marchar á la cabeza de un ejército, indudablemente hubiera sido el redentor de Europa. En política interior dudaba siempre entre una dictadura revolucionara y un imperio á lo Carlo-Magno; entre el antiguo y el nuevo derecho. Solo por estas dudas se comprende que teniendo el óleo del sufragio del pueblo, fuera á buscar el óleo de la consagracion del Papa. En política exterior supo escribir en Italia la página inmortal de Marengo; en Alemania la página inmortal de Jena y Austerlitz; tener á sus pies por un momento aguardando trémulos las palabras que cayeran de sus labios á todos los reyes de Europa. Pero, ¡ah! que no tenia el látigo único con que pudo marcarles de ignominia el rostro, y arrancarles de las sienas la diadema; no tenia el látigo de la revolucion, tan poderoso como ese ígneo látigo de Dios que se llama el rayo. Así es que al uno le pidió su amistad, al otro su hija, cuando hubiera podido unirlos á todos á su carro. Debia haber destruido á los reyes, y los cobijó bajo su manto. Debia haber levantado á los pueblos, y les hirió en su independencia. Nunca supo qué hacer ni en Italia ni en Polonia, que le seguian ciegas por aquella odisea de sangrientas batallas, aguardando en vano á que cayera de sus manos, que habian destrozado las coronas de los reyes, el acta de la emancipacion de los pueblos. Y despues que recogió en Waterlloo la

cosecha de todos sus errores, debiera haber apelado al silencio como su supremo refugio, y á la historia como su juez supremo. Y sin embargo, escribió tantas y tantas contradicciones en el Memorial de Santa Helena, que bien se veia cómo aquel hombre le faltó siempre la direccion suprema de un gran talento político. Que el Emperador anunció la confederacion de los pueblos. Ese anuncio está escrito en caracteres indelebles en toda la historia moderna. Pero conviene pensar, y conviene decir que tantas ambiciones coronadas, tantos ejércitos armados hasta los dientes, tantos gobiernos enemigos de los pueblos, tantas inmoliciones de la libertad; todo lo que presenciábamos en esta vieja Europa, lejos de acercar la hora de la confederacion de los pueblos, la alejaba. Se habian sembrado por todas partes recelos. Bélgica recelaba de Francia, Suiza de Prusia, Italia de Europa entera, que la queria tener clavada en la picota del poder temporal de los Papas. Para llegar á ese resultado, era un grandísimo obstáculo tambien otra doctrina que sustentaba Napoleon. Pedía el armamento de Francia, en vez de pedir el desarme de Europa.

Yo creo que la Europa no puede ser rica mientras se dispendien en la guerra las sumas que debian consagrarse al trabajo. Yo creo que la prueba mayor de su fuerza que Francia hubiera podido dar al mundo en aquella época tan crítica, hubiera sido arrojar lejos de sí, como si le quemara su contacto, las bayonetas, que son todavía un muro de bronce levantado entre nacion y nacion, un obstáculo inmenso á la reconciliacion de todos los hombres en el seno del derecho moderno. Para llegar á los Estados-Unidos de Europa, es necesario imitar los Estados-Unidos de América. Y los Estados-Unidos de América, despues de haber empleado sus ejércitos hechos en un dia; sus ejércitos, increíbles por su número y por su disciplina, en la obra más meritoria del siglo presente, en la redencion del esclavo, los ha

disminuido en un momento, obligándoles á convertir los instrumentos de guerra, es decir, de muerte, en instrumento de trabajo, que hacen brotar la vida de la tierra.

La más importante de las palabras de Napoleon III, era la promesa de libertad á Francia. Y la importancia estribaba no tanto en lo que el Emperador prometia, como en lo que el Emperador proclamaba. Yo sé muy bien, yo tengo de ello una perfecta conviccion que el Emperador no podia dar la libertad á Francia, sobre todo, esa libertad completa, absoluta, que se dilata desde el pensamiento hasta el trabajo, que emancipa desde las asociaciones de los creyentes hasta las asociaciones de los obreros, esa libertad que abraza toda la vida y que consagra todo el derecho. Yo sé muy bien que la libertad no puede nunca ser una concesion del poder, sino una conquista del pueblo. Yo sé muy bien que todos los poderes tienen un instinto de propia conservacion, el cual les manda imperiosamente no suicidarse, y la libertad concedida al pueblo hubiera sido el suicidio aceptado por el imperio. Yo en este punto no participaba de las ilusiones de Emilio Girardin y sus compañeros, que creian posible desarrollar la libertad entera, la libertad completa, á la sombra de un gobierno personal, casi absoluto como habia de serlo por necesidad siempre el gobierno de Napoleon III. Pero hay una confesion que debe recogerse y registrarse, una confesion impuesta quizá por ese doble oleaje de las ideas y de los hechos que marchan en progresion creciente á fundar la democracia en el mundo, la confesion de que no puede haber estabilidad para los gobiernos, dignidad para los ciudadanos, brillo para las artes, luz para las ciencias, moral para la familia, grandeza para las naciones, sin que se apoye todo en la libertad, que no será la vida entera, el destino total del hombre; pero que es la condicion primera, el instrumento indispensable, para realizar toda nuestra vida y para cumplir todo nuestro destino. Es

en verdad consolador para los que hemos consagrado nuestra pluma y nuestra palabra á la libertad, para los que hemos acudido en su defensa á todos los campos de batalla, para los que la llevamos como un culto en el corazón, como una luz en la conciencia, ver que aún los poderes fortísimos confiesan la existencia de otro poder más fuerte, que es la libertad. Se siente algo de la satisfacción que debieron sentir los primeros cristianos, cuando después de aquella inteligente reacción de Juliano, inspirada por tan altos pensamientos, servida por tan grandes filósofos, proseguida con tan indomable constancia, le vieron vacilar y decir, llevándose la mano al corazón desgarrado por el mal logro de toda una vida ilustre, y por la debilidad de toda una obra gigantesca: «Venciste, Galileo.» Sí, hay que desengañarse. Crucificada, la libertad convierte su patíbulo en un trono, enterada, la libertad convierte en una nueva cuna su sepulcro. Ella es como el espíritu humano, inmortal é incoercible. Los poderes que la han combatido, concluyen por sucumbir á su fuerza; los poderes que la han negado, concluyen por sucumbir á su evidencia. El principio de libertad es el principio humano por excelencia. El principio de libertad es el primer agente del progreso. Y sin embargo, escribo acerca de uno de los pueblos que ménos han comprendido la libertad. Lo cierto es que ya provenga de una tendencia constante del poder á conspirar contra la libertad, ó de una tendencia constante del pueblo á abusar de la libertad, su reinado ha sido siempre efímero. La Francia ha divorciado de una manera tristísima estos tres términos correlativos en toda la historia; ha divorciado la libertad de la igualdad, la autoridad del derecho, la sociedad del individuo. Ha creído que para ser verdaderamente democrática debía sacrificar el principio de libertad al principio de igualdad, cuando estos dos principios son en la sociedad, como la extensión y la impenetrabilidad de los cuerpos en la naturaleza, perfecta-

mente armonizables. Ha creído que la libertad debía fundarse sobre las ruinas de la autoridad, ó la autoridad sobre las ruinas de la libertad, cuando las dos ideas se necesitan, la libertad para que de ella nazca la autoridad social, y la autoridad social para que haga coexistir todas las libertades y la libertad de todos. La autoridad y la libertad son como el tiempo y el espacio en el Cosmos. Ha creído que para ser libre debía renunciar el hombre á la sociedad, ó para ser social, á la libertad; cuando sociedad y libertad son como la fuerza centrífuga y la fuerza centrípeta en los planetas. Estos errores han hecho oscilar continuamente la historia moderna francesa entre la dictadura y la anarquía. Y luego los apóstoles de la libertad en Francia han creído reunir á su causa, á su planteamiento, no sé qué especie de esperanzas fantásticas, de poemas épicos, de renovaciones misteriosas, de felicidad sensual, de goces materiales, de bienestar completo para el pueblo. Y como la libertad tiene cierta gloriosa austeridad; como á ella va unido el derecho, y el derecho sólo puede hacer que cada hombre realice su propia vida, bajo su entera responsabilidad, cuando la libertad ha venido, y con ella no ha venido la realización de la utopía socialista, la Francia se ha creído engañada, y en su desencanto, ha abdicado su libertad. Además, cuando el pueblo francés ha sido dueño de sí mismo, no ha acertado á resolver estos dos grandes problemas, sin cuya solución previa toda libertad es imposible. Primero: reducir el gobierno á su menor expresión posible, quitarle toda suerte de facultades que puedan dañar al derecho. Segundo: realizar una amplísima descentralización administrativa. Pero de todos modos, cuando se veía al apóstata de la democracia invocando la libertad, el ánimo se elevaba á la antigua leyenda cristiana, que presenta al más hábil de los reaccionarios con profundísima herida en el alma, y esta palabra en los labios: «Venciste, Galileo.»

CAPITULO LXVII.

MAS COMPLICACIONES.

¡El quince de Agosto! ¿Quién no habrá oído mentar la fiesta imperial? Un día del año París se divertía. Pero el hombre tan fácil en buscar el dolor, tan rico de invenciones para matar, no tiene igual facilidad para buscar el placer, no tiene la misma inventiva para divertirse. Estamos en la moderna capital de Europa. El mundo entero le presta vasallaje como á la antigua Roma. Si aquella tuvo sus procónsules y sus pretores, tiene esta sus sables y sus modistas.

A la fiesta imperial se consagraban cantidades enormes. ¿Pues creéis que lograban divertir á París? Nada de eso. La fiesta comenzaba por una circular del arzobispo, diciendo que aquel tiempo en nada desdecía de los mejores tiempos de Francia. Dios nos libre de los amigos inhábiles. Cuando el arzobispo de París afirmaba, como artículo de fé, la grandeza del Imperio, daba prueba de que muchas gentes lo dudaban. Yo no he visto á ningún obispo escribir una pastoral para afirmar la claridad del día. Pero lo más donoso del caso es que su eminencia afirmaba que vere-

mos bien la grandeza de este nuestro tiempo cuando nos hayamos muerto. Si para tan largo me lo fais.....

Además, yo creí que la primera autoridad religiosa de Francia profesaba, como buen católico mitrado, el dogma consolador del Infierno. Pero lo dudaba desde el punto en que le veía afirmar nuestra admiración allá en la eternidad por el París del segundo Imperio y por su tiempo. Tiene París tantas seducciones, hay bailes tan provocativos, comedias tan agrídulces, cafés-cantantes tan verdes, cancioneros tan libres, mujeres tan amantes, can-canés tan continuos y moralistas tan pesados, que en Dios y en mi conciencia os afirmo la imposibilidad para sus habitantes allá en la eternidad, de ver otra cosa que los tizones del Infierno, si no los ha extinguido la prosa de Voltaire.

Pero si admiramos no nos divertimos. La mañana comenzó por una de truenos, como si ya resonara el cañon de la guerra. Las nubes lloraban cual si ya vinieran los días de Noviembre. Las hojas se caían y se pegaban